

# MODAS.

**De Señora.** El grabado número 148, que acompaña á esta entrega del mes de mayo, contiene dos de los mas lindos figurines que París envia. Gracia, buen gusto, novedad, coquetería, todo se vé en los trages que visten las dos bellas figuras, que en el paseo representan lucir sus esbeltas cinturas.

Desde ahora gozamos de la alegría que su vista ha de despertar en nuestras amables lectoras, las que indudablemente exclamarán: «por fin recibimos figurines con trages para paseo:» bien hubiéramos querido que los parisienses nos los enviáran todos los meses; pero cuando así no lo han hecho, hay el convencimiento de que las modas, ó no se fijaban, ó realmente no existían: ventaja grande para los que rehusan gastar mas de lo que calculan al principiar el año, que hoy aumentarán con los dos esperanzas de que subsistan algun tiempo las del grabado adjunto, y que no son costosas, como seguidamente veremos.

Los sombreros de paja hacen hoy furor en París; en Madrid lo harán tambien, mas que por lo arreglado de sus precios, por lo frescos y ligeros que son, y porque generalmente favorecen mucho.

La figura de la izquierda, en el suyo de paja de arroz, ofrece la novedad de la hechura, pues la copa tiene hácia atrás la salida de tres á cuatro dedos; la ofrece en el adorno de espigas colocadas en sesgo hácia delante, en una lámina ó tira de la misma paja algo levantada en la parte de atrás, que vá colocada sobre el arranque del casquete, y por último en cuatro *rulós* muy delgados que rodean el ala de raso blanco. Las cintas-carrilleras de este sombrero están por encima y le ajustan al rostro cuando se atan.

El vestido es de tafetan-*nankin*, con el cuer-

po abierto por delante hasta muy cerca de la cintura; si bien la abertura en sí misma no tiene mayor anchura que la de la garganta. Las mangas son cortas y terminan con un junquillo, que al dar vuelta se acerca al hombro por encima, igualándose esta subida con tres bollos, y guarneciéndola boca últimamente con dos rizados de la misma tela. En vez de cinturón lleva una ancha banda del mismo género, bordada de su color y con fleco, que casi la alarga hasta el suelo, la que se anuda delante y sobre la cintura, á la que vá pegada. El chal es azul casi turquí, con gran cenefa de colores; la disposición en que le lleva manifiesta la necesidad en que se ha visto el *MONITEUR DE LA MODE* de poner á la vista el capricho de las nuevas mangas.

Por último, el camisolin es de batista, bordado, y con cuatro pequeños volantes de encage sueltos en la parte inferior: las mangas, que por debajo de las del vestido bajan hasta la mano, son parecidas: batista bordada del mismo modo que el camisolin y terminando con tres encages iguales á los de aquel. El guante, ó caña ó blanco. El peinado á la italiana y cubriendo la frente.

La figura de la derecha lleva su sombrero tambien de paja, aunque representa ser de Italia: tiene, como el anterior, una ala pequeña de la misma paja, pegada en el arranque del casquete y dirigida hácia atrás; es decir, que son de una misma hechura, pero el adorno es diferente, y nosotros no sabemos á cuál dar la preferencia. Este consiste en una banda de mas de una tercia de ancho sobre la cabeza, que disminuye hasta siete ú ocho dedos en las puntas: es de raso encarnado ó cereza; vá sobre el gorro, y atraviesa al interior cerca del final: además al lado derecho lleva un *bouqué*, ó al menos un haz de plumas finas blancas, inclinado, como las espigas, hácia delante.

La pelerina *Odette* ya hemos dicho la grande voga que goza en París. El vestido es de gro, raso ó tafetan de Italia, verde, con la cintura redonda, la manga ajustada hasta la mano, y bor-



dado todo de rosas de la China sueltas con su follage; es decir, que el color de las rosas ha de ser cereza, mientras las hojas de sus ramas han de tener casi el mismo verde del vestido. Lo mas airoso en este vestido es la doble falda, que termina tanto en la mas corta como en la larga en ondas picadas ó crestas de gallo, como dicen los parisienses.

**De Caballero.** No menos elegantes y airoso son los trages de caballero en este grabado de mayo, que los que acaban de ocuparnos de señora; ofreciendo la particularidad de contener una señora en traje de montar; lo que nos hace sospechar que en París hacen los sastres esta clase de vestidos.

La figura de la izquierda, vestida para ir á caballo, lleva sombrero bajo, y cuya copa hace algun tanto de campana: las cintas anchas siguen en moda. La corbata clara y sembrada de colores en las rayas que la cruzan, indica la frescura que pide el verano. El chaleco es blanco de piqué, si bien es mas elegante el anteado. El frac verde, de solapa seguida, hace muy bien, indicándose al mismo tiempo en él, que el abrochado de una sola fila de botones vá adquiriendo cada dia mas partidarios. Este frac viste perfectamente y dá mucha gracia al cuerpo, porque ya se exige otra vez que marque y aun exagere la entrada de la cintura. Cuando ya se nos anunciaba la subida de los talles, nos hallamos ahora con que vuelven á permanecer muy bajos: sin duda el movimiento ascendente encuentra oposicion entre los elegantes de París, y no ha bastado la señal dada por algunos para que los demás sigan su capricho. Sin embargo, ha brillado ya la primera chispa, y los cambios notables siempre empiezan del mismo modo. El pantalon de este dandy es de mahon, ancho, bien cortado, muy estirado, y con trabilla, como lo exige el ir á caballo.

Pasaremos la vista por la figura de en medio sin fijarnos en ella, por serles inútil á los lectores que desean el figurin de caballero, y no ha-

remos notar mas que la gracia del corpiño que la hermosa ginetá lleva, porque seguramente se la dá la faldilla que rodea toda la cintura. Tambien los bucles cogidos mas atrás de la oreja favorecen mucho, y tienen la ventaja de no incomodar al marchar á caballo.

La figura de la derecha lleva vestido de paseo. Está peinada como hace tiempo se usa, si bien la patilla la observamos muy baja. El sombrero es alto, pero con mas ala que en los figurines anteriores. Siguen los cuellos de camisa sin descote detrás, altos y cortos. La corbata debe ser de color bajo y con un gran lazo delante. El chaleco color de ante, cerrado hasta lo alto del pecho y sumamente largo es elegantísimo. Las levitas azules no han perdido su predominio, y así la representa el figurin, con el talle muy bajo y el faldon estremadamente corto; por lo demás no ofrece variacion ninguna. El pantalon sin trabillas, color plumizo claro, por mas que haga muy bien con lo demás del vestido, creemos que en Madrid no tendrá partidarios, por lo mucho que se prefieren las telas á cuadros. Las botas de charol con punta ancha redondeada.

## Á UNA ROSA.

Pura rosa, pura rosa,  
Que en medio sus lábios bellos  
Te anidastes; flor dichosa,  
Ora triste, silenciosa,  
¿Suspiras quizás por ellos?

¿Dónde yacen tus colores,  
Tus aromas que embriagaban,  
Tu cáliz, mansion de amores,



Que envidia á las gayas flores  
En el verjel inspiraban?

¡Ay! que muerta tu belleza  
Te miras hoy sin color!  
¿Qué se hicieron, pobre flor,  
Tu envidiada gentileza,  
La fragancia de tu olor?

Si pudiera con mi aliento  
Infundirte nueva vida!...

¡Ay! si mi lloro un momento  
Con tu gala ya perdida  
Te devolviera el contento!

Este llanto cariñoso  
Que derramo en tu presencia,  
Este suspiro amoroso  
Reanimarán tu existencia,  
Tesoro de amor precioso.

Sí, rosa tan bella un día,  
Aquella querida mano  
Al entregarte á mí ufano,  
Por encanto en alegría  
Tornó mi pesar insano.

¡Oh recuerdo encantador!  
La hermosa por quien suspiro,  
Cual querube del Señor,  
Hendió el cielo de zafiro  
Para reina de mi amor.

Es adorarla mi anhelo,  
Mirarla mi desvarío,  
Y en mi constante desvelo,  
Primero que su desvío  
La muerte demandando al cielo.

Si te conservo, aunque ajada,  
Lamarlo podrá capricho:  
Pero queda descuidada,

No tiembles, no, por su dicho,  
Flor cual ninguna estimada.

Y si alegre y bulliciosa  
No susurra en tu redor  
La pintada mariposa,  
Ni los lábios de una hermosa  
Besan tu cáliz de amor:

Si mustio tu broche ya,  
Secos tus pétalos mil,  
Ayer reina del pensil,  
Compasion hoy verte dá  
Roto tu tallo gentil,

No temas que te abandone  
Mi cariño en tu amargura,  
Que si perdiste hermosura,  
En tanto el amor te abone  
Te halagará mi ternura.

Y aun en polvo convertida,  
Sin aromas ni color,  
Por mi llanto humedecida,  
Te serviré yo de egída,  
Graciosa prenda de amor.

J. R. DE CALERA.

## DOS SORTIJAS EN UN DEDO.

NOVELA.

(Conclusion.)

La ilusion que alimentaba de que la vizcondesa de Sujol habia querido poner á prueba solamente la intensidad de su cariño, era para su alma un bálsamo consolador; así es que despues



de una noche agitada y llena de emociones, sintió la necesidad de reposar un instante: apoyó su ardorosa cabeza en uno de los ángulos del coche, y bien pronto el sueño se apoderó de sus ojos. Presentáronse entonces de tropel á su mente las mas raras y fantásticas visiones. Parecíale ver á aquella hermosa Lowly, mostrando en toda su deformidad cuantos defectos y vicios puede abrigar el corazon de una mujer. No era una vírgen llena de sensibilidad y de dulzura; era una maga cruel y artificiosa que se complacia en inspirar la mas frenética pasion, para torturar luego mas á su placer á los desgraciados que no temieron sucumbir ante el poder de sus hechizos. ¡Horrible cuadro! Aquella mujer que él adoraba con todo el entusiasmo del corazon, casi hasta la idolatría; aquella mujer, en cuya frente se retrataba el candor y la inocencia, aparecia en aquel instante despojada de todo su prestigio, con un corazon frio como la escarcha, é inaccesible como una roca á las dulces emociones del amor. Si le habia amado, habia sido á sangre fria, por decirlo así, y solo para lisongear su amor propio con el placer del vencimiento; y ahora que le habia conducido hasta el parasismo del amor, no solo le negaba el mas leve sentimiento de piedad, sino que le insultaba con sarcasmos y le rechazaba con el pié; á la manera que un niño arroja contra el suelo el juguete de que ya se ha cansado.

El infeliz Alberto sufría atrozmente: su corazon se hallaba comprimido; y como si una mano de hierro sujetase su garganta, intentó en vano llamar en su socorro. Esta cruel pesadilla embargó largo rato sus facultades todas; pero por último, un sordo gemido escapado del pecho vino á librarle de los dolores de tan horrible ensueño. Fijóse este indeleblemente en su imaginacion, y aunque se hallaba bien lejos de ser supersticioso, dudó un instante si no sería este ensueño una revelacion, un aviso del cielo, al que debia dar entera fé.

Atormentábale esta idea todavía cuando lle-

gó á Lyon, y su vista renovó en su alma los agudos dolores que experimentára al abandonar á París. En Lyon, su ciudad natal, respiraba aun dos dias antes su anciano padre, á quien amaba tiernamente. La carta que habia recibido la madrugada misma en que salió del baile dado por la marquesa de Plombino, le participaba que debilitado por una larga série de padecimientos se hallaba próximo á espirar, y que solo deseaba ver á su hijo y abrazarle por la última vez. Corría á recibir la bendicion del moribundo; pero ¡ay! solo tuvo el triste consuelo de regar con sus amargas lágrimas la tierra, removida aun, que ocultaba para siempre los sagrados restos del autor de sus dias!...

Apresuróse á despachar los negocios que podian reclamar su presencia en Lyon, y volvió á tomar sin demora el camino de la capital.

Acababa apenas de entrar en su casa, cuando se le entregó una carta recibida en aquella mañana, y cuyo contenido se reducía á estas palabras: «M. de Russelles se servirá no presentarse en mi palacio: de hoy mas, me sería imposible recibirle.—Lowly.»

Esto es un complot, exclamó Alberto, es una horrible intriga dirigida á arrebatarme lo poco que me resta de razon!!... ¡Si la marquesa de Plombino, confidenta íntima de Lowly, pudiese darme una esplicacion que necesito á cualquier precio!!... Y sin tomarse mas tiempo que el preciso para despojarse de sus vestidos de viaje corrió al palacio de Eugenia.

#### IV.

#### El Encuentro.

Un coche con el escudo de armas de la marquesa esperaba á la puerta. Madama de Plombino se disponia á salir, y pareció sorprendida de verle.

—¡Qué diantres! M. de Russelles, ¿en dónde



habeis estado desde la última vez que tuve el placer de veros? ¿Sabeis que es cosa atroz atormentar de esa suerte á una pobre ánima en pena? ¡Pobre Lowly!! Y bien.... ¿no os parece una venganza harto cruel.... (porque en realidad ella le detesta) solo porque su amante la abandona durante un largo mes?

—¡Ah! por piedad, señora, ¡no os burleis tan cruelmente de mí! Habeis hablado de la vizcondesa de Sujol y de un hombre que ella detesta... ¡Ah! por piedad, explicaos; os lo pido, os lo suplico de rodillas....

—Pues qué, ¡buen Dios! ¿no está bien claro? ¿Por ventura ignorais que ha habido momentos en que Lowly me confiaba hasta sus menores sentimientos?... Y bien; ¿no comprendéis aun?... Vamos, querido Alberto, llegais sin duda de otro hemisferio, ó tal vez de un viaje á la luna; pues que afectais ignorar lo que ha olvidado ya todo París.

—Pero señora, ¡por piedad! Llego ahora de Lyon, é ignoro absolutamente cuanto ha pasado durante mi ausencia. Solo sé que en el instante mismo de apearme se me ha entregado este billete....

—¿Que no comprendéis tampoco? añadió ella, despues de haber pasado rápidamente los ojos por las pocas palabras que contenia. Pues en verdad que todo ello es bien sencillo.... Pero.... es historia demasiado larga, y tengo precision de ir á ver á la embajadora de España.... Dispensadme si os trato con demasiada llaneza: nos volveremos á ver, y lo sabreis todo....

Saludóle graciosamente, subió en el coche, y partió.

Dejó Alberto el palacio de la marquesa de Plombino, y al cruzar la calle de Lepelletier vió pasar rápidamente por delante de él un elegante landó que se detuvo á la puerta del palacio de la Ópera: vió despues bajar á Lowly y á M. de Gauran.

—¡Siempre él! dijo Alberto para sí. ¡Ah! con que el ángel no es en efecto sino un ángel caído!

## V.

## La Invitacion.

Pasáronse muchos dias, durante los cuales intentó Alberto vanamente esplicarse, así las palabras de la marquesa de Plombino, como la intimidad que parecia reinar entre Madama de Sujol y M. de Gauran. Habíalos encontrado juntos varias veces, y sus inquietos celos le habian sugerido las interpretaciones mas estrañas; pues aunque habia ido frecuentemente á visitar á Eugenia, no habia podido nunca hallarla sola para escuchar de su boca el fin de la explicacion comenzada: de manera que trayendo á la memoria las palabras que aquella habia dejado escapar, y cuanto habia de inesplicable en la estraña conducta de la vizcondesa, vino finalmente á formar los cálculos mas arriesgados sobre el honor de esta.

Pero ¡cuál no sería su sorpresa al recibir una mañana una invitacion para asistir á un baile en el palacio de Sujol! Esta nueva circunstancia acabó de oscurecer el misterio que intentaba penetrar; pues no alcanzaba verdaderamente á comprender cómo despues de haberle Lowly despedido tan injustamente, le rogaba ahora que se presentase en su palacio. Largo rato estuvo vacilante y dudoso sobre lo que debería hacer, resolviéndose por último, cualquiera que debiera ser el resultado, á no dejar escapar aquella favorable ocasion de tener una entrevista con la vizcondesa.

La marquesa de Plombino habia sido encargada por Lowly de dirigir las esquelas de convite, y la maliciosa castellana habia puesto entre las demás la que tanto habia sorprendido á M. de Russelles; saboreándose de antemano con la impresion que necesariamente debia producir sobre el ánimo de su amiga la llegada de este.

Lowly, á cuya belleza daba un nuevo realce



el resplandeciente brillo de un rico y elegante vestido, parecia esta noche mas alegre y amable de lo ordinario.

Un lacayo con magnífica librea introducía, á medida que iban llegando, á los numerosos convidados, lanzando por fin en medio de aquella brillante muchedumbre á la persona á quien Eugenia tan impaciente aguardaba.

En efecto, acababa de ser anunciado M. de Russelles, y al verle no pudo menos de estremercse la vizcondesa, sintiendo herido vivamente su amor propio de mujer. Creíase humillada por la tenaz asiduidad de Alberto en perseguirla donde quiera; de modo que al acercarse este á saludarla, apenas fué dueña de sí misma, faltando muy poco para que le demandára con qué derecho osaba presentarse en su palacio. ¡Ah! ¡y cómo sentia entonces hallarse rodeada de una numerosa sociedad, delante de la cual se veia forzada á componer su rostro y sofocar sus palabras! ¡Con qué placer hubiera mandado á sus criados arrojar á la calle á aquel hombre audaz que venia tan descaradamente á insultarla con su presencia, y esto en una ocasion en que no la era permitido soltar una sola palabra para rechazarle!

En cuanto á Alberto se sentia vivamente agitado, y no podia encontrar sin sonrojarse las irritadas miradas de Madama de Sujol. Habló largo rato con la marquesa; y si bien esta intentó con maña descubrir sus secretos sentimientos respecto de Lowly, él guardó tocante á esto el mas obstinado silencio. No ocultó Eugenia esta circunstancia á su amiga, repitiéndole además hasta las frases mas insignificantes de M. de Russelles.

—¿Quién podrá, empero, sondear jamás el corazón de la mujer?... Si habia ofendido á Lowly lo que creía por parte de Alberto una atrevida perseverancia, la habia mortificado sin comparacion mucho mas aun su larga conversacion con Eugenia. No deseaba recibir sus homenajes; pero hubiera querido aun menos vérselos tributar

á otra mujer. Su posicion frente por frente de aquel hombre á quien en otro tiempo habia amado tanto, se le hacia de cada momento mas y mas insoportable; y reuniendo toda su energía, quiso terminar de una vez demostraciones que pudieran comprometerla, sin serla acaso fácil hoy, como anteriormente, desvanecer con una sola palabra los cálculos y hablillas de la maledicencia. Aprovechando, pues, el instante en que Alberto, dejando el salon, se dirigia hácia la sala de juego, salió tras él, alcanzándole en el corredor que separaba ambas piezas.

—Una palabra, caballero.... ¡por piedad! una sola palabra.... Es preciso que yo os hable....

Alberto, que algunos minutos antes hubiera dado diez años de existencia por encontrarse á solas con la vizcondesa, experimentó como un movimiento de repulsion junto á aquella mujer que olvidando todo pudor venia á pedirle que la escuchase. Repúsose sin embargo.

—Hace largo tiempo, señora, que he solicitado y esperado, aunque en vano, la entrevista que ahora tan generosamente me ofreéis.... Mas páreceme que no podemos aquí, en medio de indiscretos testigos, esplicarnos mutuamente cuanto hay de incomprensible é irregular en nuestra respectiva posicion....

—Lo he prevenido todo, le interrumpió Lowly, cuyos lábios temblaban. Mañana, en la iglesia de San Dionisio.... Iré sola.

—¡Mañana!!! ¡ah! no, es una distancia inmensa.... esta noche.... ahora.... ¡Compasion!!!

—¡Esta noche!... ¿Y podria acaso?...?

—Permaneceré en este lugar hasta que nos dejen vuestros convidados....

—¡Oh! no, no: yo os lo suplico, interrumpió ella, como espantada de semejante propuesta.

Y despues de una pausa añadió:

—Pues bien: en el pabellon del jardin.... durante el próximo wals: ireis, ¿no es verdad?

—Sí, iré.

Alejóse Alberto de Madama de Sujol, y vió de allí á poco á M. de Gauran acercarse á ella y



ofrecerle el brazo para entrar de nuevo en el salón.

## VI.

## La Entrevista.

Son las dos de la mañana, y mil y mil brillantes estrellas bordadas sobre el manto azul del cielo alumbran débilmente con sus pálidos reflejos la gran ciudad de París, dormida y silenciosa ahora.

Lowly, con su vestido de baile, blanco como el armiño, acaba de atravesar la alameda de naranjos que conduce al pabellon situado al extremo del jardín. Ya á la puerta, detiénese un instante, como asustada de lo que vá á hacer. Escucha luego, por si algun ligero rumor viene á revelar la presencia de un indiscreto testigo. Pero está sola, sola enteramente, fuera de Dios.

Entra entonces furtivamente, y cae de rodillas, casi exánime, á los pies de un crucifijo de marfil suspendido en la tapicería. Quiso orar; pero entregado su pensamiento todo entero á la entrevista que aguardaba, no pudo elevarse hasta el cielo.

Pocos minutos despues estaba allí Alberto. Lowly intentó dar algunos pasos hácia él; pero demasiado débil, apenas pudo levantarse: sus piernas no podian sostenerla.

—Hénos ya solos, señora, exclamó Alberto, apoderándose de una de sus manos. ¡Ah! decíme ahora: ¿por dónde he podido merecer la terrible desgracia que me abruma?... Dos meses han trascurrido ya desde el dia en que me prohibísteis la entrada en vuestro palacio, desde que os ví por última vez en el baile de la marquesa de Plombino.... y en vano he procurado explicarme á mí mismo el crimen de que pueda haberme hecho culpable. ¡Ah! decíme: ¿por ventura no habria sabido amaros bastante?

—¡Amarme! repitió Lowly, como volviendo en sí al oír estas palabras. ¡Amarme! ¡Y para

ello os entregábais en los brazos de otra mujer!... ¡y para ello habeis evitado mi presencia durante un largo mes!... abandonando París.... con ella acaso....

—¿Y mi padre moribundo, mientras su hijo se hallaba en el baile con vos; y mi padre en la agonía ya, me dejaban tiempo suficiente para noticiaros mi partida? ¡Oh! ¡y cuán fatal debió de ser este dia para mí!... Rechazado por vos, Lowly, iba á poner fin á una existencia que me era insoportable, cuando se me participó el lamentable estado de mi padre. Partí: cuando llegué no era ya tiempo....

—¡Ah! ¡cuán digna de lástima, cuán infelice soy! exclamó Lowly, fijando en M. de Russelles unos ojos, en que estaba retratado el estertor de la muerte. ¡Yo que os acusaba y quería vengarme!... Alberto, por piedad, no me rechaces... gracia, compasion para esta infeliz!...

—¿Y este momento no compensa todo un pasado de dolores?... Lowly, hermosa mia: ¡ah! dime, dime que me amas aun!...

—¡Amarte!... ¿Y puedo hacerlo sin crimen?... ¿Puedo yo, débil mujer, sofocar en mi corazón tampoco.... ¡Alberto, te amo!... ¡ah! ¡malditos celos! Yo te amaba, y sin embargo....

—Por compasion, acabad.... gritó Alberto, cuyas facciones se contrajeron de una manera horrorosa.

—Pero ¿y ella?... ¿Y aquella mujer cuya sortija llevábais sobre la mia?... ¡Dos sortijas en un dedo!... ¡Oh! ¡por qué lo vieron mis ojos!...

Lowly, cuya vista no habia osado hasta entonces encontrar la de M. Russelles, levantó hácia él su pálido semblante, en el que la luna fijó uno de sus rayos. Habia en aquella mirada una animacion singular, que revelaba una súbita y poderosa resolucion.

—¿Me amas, Alberto?...

—Mas que á la existencia cien veces; á la par de Dios mismo!

—Pues bien; escucha: yo no puedo volver al salón; ¿cómo podria soportar su presencia?...



me causarían horror esas gentes que no supieron detenerme en el borde del precipicio, á que me arrastraron mis insensatos celos.... Y tengo miedo tambien.... tengo frio.... Pero tú no me abandonarás.... ¿no es verdad?... ¡Oh! si tuvieras bastante valor para morir aquí conmigo.... juntos....

—¡Morir! repite Alberto con frenético transporte, imprimiendo un beso de fuego en la ardorosa frente de Lowly: sí, morir juntos, y nuestras almas unidas por toda una eternidad....

—¡Morir!... gritó de repente entre horribles imprecaciones la voz terrible de M. de Gauran, que en desórden los cabellos, y cerradas convulsivamente de rabia las manos, acababa de abrir bruscamente la puerta del pabellon. ¡Morir! sí, infames, morireis; pero solo á mí me pertenece la venganza....

Al oír esta voz la vizcondesa lanzó un grito de terror y cayó desmayada.

Abalanzóse Alberto hácia M. de Gauran, y arrojándole una fria mirada de desprecio:

—Caballero, ¿con qué derecho venís á escuchar á esta puerta?... semejante accion solo es digna de un hombre sin honor. Uno de los dos debe sepultar para siempre en la tumba las palabras que han mediado entre esta mujer y yo.

—¡Cómo! ¿aun me insultais? gritó furioso M. de Gauran, echando espuma por la boca. ¡Oh! sí; es preciso un duelo á muerte entre el amante de una mujer adúltera, y aquel cuyo nombre no ha aceptado sino para deshonrarlo....

—¡Ella su esposa!!! ¡Maldicion!!!.....

Y salieron ambos, dejando tendido sobre las húmedas tablas del pavimento el cuerpo casi inanimado de una mujer.

#### CONCLUSION.

Algunas horas despues habia tenido lugar un duelo entre M. de Russelles y Luciano de Gauran. Alberto recibió en el corazon una heri-

da, á la que no sobrevivió sino pocos instantes. M. de Gauran, para sustraerse á las pesquisas judiciales que necesariamente debian dirigirse contra él, partió inmediatamente para Inglaterra.

Lowly, cuya alma no pudo resistir á tan diversas emociones, cayó gravemente enferma, y todos los desvelos de los mas célebres profesores de la capital no alcanzaron á conservarle la vida sino á espensas de su razon. En el dia se halla en una casa de locos. Su amiga la marquesa de Plombino va á verla á menudo, y ha intentado siempre, aunque sin fruto, distraerla de la profunda melancolía á que se halla entregada.

La infeliz no cesa de llorar, y ora en voz baja por Alberto, cuya vuelta espera aun.

¡Pobre loca!!!

X.

#### IMPORTANTE.

Con el fin de satisfacer todas las exigencias, que hoy no puede llenar **LA ELEGANCIA** bajo las bases de su publicacion, vamos á reformarlas completamente, de una manera que haga independientes cada una de las entregas mensuales.

Esta circunstancia nos obliga á suspender la publicacion, aunque por poco tiempo.



# REVISTA PINTORESCA

## DE LAS

### PROVINCIAS BASCONGADAS.

#### PROSPECTO.

**E**N tanto que las revueltas de los tiempos, poderosamente ausiliadas por las malas pasiones de los hombres, lograban inocular en nuestra España el maléfico germen que debía mas tarde gangrenarla tan lastimosamente; mientras que la magnífica monarquía á tanta costa edificada por CARLOS V y FELIPE II se desmoronaba, — cediendo en ésto á una ley comun á todos los imperios, — bajo el peso de su propia gloria, y veía decrecer su poderío, y menguarse la brillante aureola que á su nombre acompañaba, natural y lógico era que las letras declinasen tambien, y siguieran en su mala suerte

á la nacion magnánima que un dia  
reina y señora se llamó del mundo. —

Así fué que andando los tiempos, la literatura española que á tan alto grado de esplendor habían llevado Cervantes, Leon, Herrera y otros muchos, enmudeció de todo punto por motivos harto poderosos que no cumple á nuestro propósito enumerar, y si algunas señales de vida há dado en éstos últimos años, há sido para convertirse en una esclava de los partidos políticos, destinada, no á la enseñanza ó al entretenimiento de las gentes, sino á ecsaltar las pasiones de la multitud ora bajo la forma de discursos tribunicios, ora envuelta en la irritante polémica de los periódicos.

Hoy dichosamente el movimiento intelectual, durante tan largo espacio comprimido por las revoluciones y las guerras, parece querer salir de su letargo, y empezar á desarrollarse bajo el influjo de las nuevas ideas de orden y de libertad juiciosa á las cuales pertenece in-



BOLETIN DEL GRAN TONO.

dudablemente el porvenir de las sociedades europeas; la juventud española, separándose del campo de la política, tan rico en espinas cuanto fértil en desengaños, parece haber comprendido ésta necesidad, y esperamos con confianza que no cesará en ésta vía de civilización y de verdadero progreso, — único que ha de serle provechoso, y que acabará por colocarla al igual de la que tan noblemente marcha al frente de las demás naciones.

Nosotros, jóvenes todavía, y que sin títulos ni pretension de ninguna especie, nos lanzamos por la primera vez de nuestra vida á la arena literaria, participamos de esa generosa esperanza, porque tenemos fé en el porvenir;— así es que, dejándonos arrastrar por ella, queremos, á imitación de los antiguos megicanos que elevaron su pirámide de Tlaxcala colocando todos una piedra, contribuir también con la nuestra, aunque pequeña, á la formación de la gran pirámide de la literatura española.

Y los primeros pasos que damos en la difícil senda de las letras eran de justicia debidos al país que nos vió nacer, á ese noble país en el cual pensamos morir después de haberle consagrado nuestra pobre existencia, — al país bascongado! — Este sentimiento tan natural en pechos bien nacidos, há producido en nosotros la idea de publicar la **REVISTA PINTORESCA DE LAS PROVINCIAS BASCONGADAS.**

Si es cierto que hay en la caduca Europa un pueblo digno por su desconocido origen, por su legislación particular, por sus costumbres propias y bien entendida libertad, de ser detenidamente estudiado por los filósofos é historiadores de todos los tiempos y de todas las naciones, bien puede asegurarse que es el que habita la reducida y áspera comarca que encierran dentro de su formidable triángulo el Ebro, los Pirineos y el mar: país con el cual há sido la naturaleza sobradamente ingrata, pero cuyos hijos forman una raza que en nada se asemeja á las que lindan con ella, raza noble cuanto esforzada, primitiva y singular como su lengua, y que há sabido, — única quizás sobre la tierra, — conservar siempre puro, siempre robusto, siempre vivaz su espíritu de nacionalidad y de independencia, mientras que en torno suyo naciones poderosas han desaparecido con sus dioses y sus leyes, ó sometídose á yugos estraños é infamantes, ó perdido hasta la sombra de su existencia.

Y sin embargo, ésta tierra por tantos títulos privilegiada, es la me-



AYUNTAMIENTO  
MUNICIPAL  
MADRID

LA ELEGANCIA.  
ENTREGA 29.





MEMORIA  
MUNICIPAL  
1901



nos conocida de la península! Ni un historiador se há dignado decir los nombres de sus hijos los mas esclarecidos, ó referir sus altos y gloriosos hechos : ni un poeta há pulsado su lira para ensalzarlos dñamente; desapercibido há pasado para el mundo el pueblo ilustre y tradicional que, como há dicho muy bien un poeta de nuestros dias, su Homero patriarcal está esperando! —

No tenemos empero la loca presuncion de llenar éste vacío : lejos de nosotros tan arrogante idea superior con mucho á nuestras flacas fuerzas : mas modesto es nuestro intento. — Queremos tan solo describir lo mas notable que encierran VIZCAYA, GUIPUZCOA y ALAVA, pintarlas imparcialmente, tales como son, evitando las apasionadas ecsageraciones que en contrarios sentidos se han usado siempre que se há hablado de ellas, y exhumar del olvido algunas páginas de su rico cuanto gloriosísimo pasado. De éste modo pensamos pagar la sagrada deuda que con Vizcaya contragimos al cabernos la honra de nacer en sus montañas. —

Hoy que las bellas artes marchan estrechamente unidas con la literatura, no podíamos menos de ilustrar ésta REVISTA con vistas y paisages de la comarca que nos proponemos describir. Los monumentos grandiosos que embellecen las publicaciones de éste género, por la moda generalizadas, serán en ella reemplazados por edificios mas humildes, es cierto, pero á los cuales los hechos que han presenciado dan una verdadera importancia, y por vistas de pueblos y de sitios que la historia ó la tradicion han consagrado. Estas láminas serán litografiadas con el mayor esmero y nada dejarán que desear á los suscritores; de su esactitud responde el *daguerreotipo*, primer medio de que se valen los artistas encargados de su egecucion, antes de entregarlas á la piedra que há de reproducirlas definitivamente.

La obra que hoy anunciamos al público constará de cincuenta entregas que se publicarán semanalmente en ésta invicta villa : cada una de ellas se compondrá de ocho páginas de texto, iguales en papel y letra al presente prospecto, é irán acompañadas de una lámina, — algunas veces de dos.

Para proporcionar á los suscritores todas las mejoras debidas á los últimos descubrimientos del arte litográfico, no escasearán los editores sacrificio alguno; constantes en el obgeto que se han propuesto, tienen fundadas esperanzas de que la presente publicacion en nada desmerecerá de las que con mas lujo se publican en el extranjero;



cabiéndoles la satisfaccion de ser tal vez los primeros en ofrecer al público por medio de la impresion de sus láminas llamadas de dos lapices, una prueba de los adelantos mas recientes con que se ha enriquecido el grabado en piedra.

La belleza y variedad de las tintas y el suave tono con que aparecen los dibujos acabados por este medio, unidos á la espresion y vivacidad de que son susceptibles, hará indudablemente que muchos de los suscritores prefieran éste trabajo, aunque contribuyan con algo mas, para proporcionarse una obra del mayor lujo, ó para formar un Album Pintoresco del pais Bascongado.

Para que los suscritores puedan juzgar de las ventajas que ofrece éste nuevo método, al tiempo de suscribirse, podrán cotejar el distinto efecto producido por ambos sistemas á vista de una lámina litografiada segun el método comun y con tintas que se remitirá á todos los encargados de recibir las suscripciones.

Y si fuese favorablemente acogida ésta publicacion de lujo, no titubearian los editores en hacer algun nuevo sacrificio en obsequio de los que contribuyeren á su mas completo écsito.

Bilbao 30 de Enero de 1844.

L. M. DE E. — A. A. Y H.

## CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El precio de cada CUADERNO con litografias comunes será en Bilbao de tres reales llevado á casa de los S.<sup>res</sup> suscritores, y de tres y medio en el resto de la Peninsula.

El de cada CUADERNO con litografias de varias tintas cinco reales y cinco y medio. El pago podrá efectuarse por cuatro entregas al recibir la segunda de cada mes.

LA REVISTA empezará á publicarse el primero de Marzo.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

EN BILBAO, LIBRERÍA É IMPRENTA DE ADOLFO DEPONT:  
en el resto de la Peninsula, en las principales LIBRERÍAS ó Administraciones de CORREOS.